

to de heroísmo realizado por el General Lauro Villar y los subalternos que habían estado a su lado esa misma mañana. El Gobierno, con un poco de audacia por parte de los rebeldes, habría estado ese día en su poder; pero los señores Mondragón y Díaz no se movieron, se encerraron en una ratonera, dando tiempo para que se reuniera una columna fuerte, y el Gobierno se proveyera de cañones y parque, de los que ese día carecía por completo.

¡Sólo la traición podía salvarlos! La suerte les fué propicia, y en vez de ser aniquilados, después de diez días inolvidables para los habitantes de la Ciudad de México, salieron en apariencia triunfantes y llenos de regocijo. El Gobierno de Madero cayó; pero la revolución felicista, quedó frustrada. Sus propios padres la habían matado en su cuna. Los caudillos no habían tenido la audacia que se requiere en esta clase de empresas. La popularidad momentánea que rodea a todo el que aparece vencedor, tenía que esfumarse en breve plazo y el General Huerta, que había recibido el encargo de concluir con la rebelión acaudillada por don Félix Díaz, cumpliría su compromiso, sólo que iba a aniquilarla en provecho propio y con mengua del prestigio del Ejército Nacional.



CAPITULO XXIX

LA DECENA TRAGICA

Posesionados de la Ciudadela los rebeldes, el primer momento fué de expansión; pero el señor Trías y el Capitán Romero López, los llamaron a la vida real y procedieron a ordenar la gente. Como primera precaución, se apoderaron del Cuartel de los Guardias Presidenciales, con quienes no se contaba.

El Jefe de los Guardias Presidenciales, Capitán Blázquez, se encontraba en Veracruz, atendiendo a la salud de su esposa, y sabedores de esto los jefes de los rebeldes, pretendieron que el Escuadrón se les uniera; pero los Oficiales se negaron y se acordó que permanecieran neutrales. Al día siguiente, el General Mondragón derogó el acuerdo y dispuso que se incorporaran a los rebeldes; pero en la noche los oficiales, con casi todos los guardias, abandonaron el cuartel y fueron a Chapultepec a presentarse al Jefe del punto, con excepción de quince hombres y un Alférez, que obedeciendo la orden del señor Mondragón, se unieron a los rebeldes.

El Mayor Trías, una vez que colocó a los centinelas, pensó en el aprovisionamiento, y comenzaron a hacer llevar provisiones de boca, tomándolas de los almacenes de comestibles que existen en las calles Anchas. El Coronel Ignacio Muñoz, que se presentó a poco, fué designado para mandar la línea de Bucareli, establecien-

do su Cuartel General en una casa de la calle Tolsa. El Capitán Tapia, que había caído frente a Palacio por haber muerto el caballo que montaba, y había logrado incorporarse a don Félix Díaz en la calle de Rosales, fué designado para posesionarse del edificio de la Asociación Cristiana de Jóvenes, tomando el mando del punto. Otro oficial, el Capitán Landero, fué comisionado para mandar la avanzada que estaba sobre la Calzada de la Piedad. Allí fué muerto este valiente oficial, quien creyendo que la temeridad es valor, se negó a tomar precauciones que defendieran un poco su vida.

El Capitán Escoto y el Teniente Vázquez, fueron comisionados para mandar la avanzada sobre la Cárcel de Belem, la que quedó en poder de los rebeldes esa misma tarde; pero al día siguiente, el señor Olvera, jefe de la prisión, cambió de idea y mandó decir a la Comandancia Militar, que estaba a las órdenes del Gobierno. Al saber esto los rebeldes dieron un plazo perentorio para que resolviera el jefe del presidio si se unía a ellos o permanecía en el bando contrario. Vencido el plazo, se abrió el fuego sobre la Cárcel destruyendo parte de ella, y por allí se fugaron multitud de presos: doscientos fueron llevados a la Ciudadela, ocupándoseles en llenar las cartucheras de las ametralladoras.

Al instalarse los servicios dentro de la Ciudadela, comenzó a fungir como Secretario de don Félix Díaz el licenciado don Fidencio Hernández. Don Félix Díaz se instaló con el General Mondragón y dos hijos de este señor, en una pieza, al Sureste del edificio.

El lunes diez de Febrero, como a las diez de la mañana, salió el General don Félix Díaz de la Ciudadela,

(1) acompañado de don Enrique Zepeda y don Celso Acosta, para ir a la dulcería del Globo, donde debían conferenciar con un enviado de don Victoriano Huerta, Comandante Militar de la Plaza. Detrás del automóvil de don Félix Díaz, iban, custodiándolo, en otro, don Román Rodríguez Peña y tres personas más.

En el Globo, hablaron por breves minutos el Coronel Guasque, enviado por don Victoriano Huerta, y don Félix Díaz, regresando éste a la Ciudadela. Ese mismo día se presentó el Teniente Coronel Antonio Monter, jefe de uno de los Regimientos de Artillería, quien desertando de su cuartel, llegó al campo rebelde.

En la Ciudadela, no obstante los esfuerzos del señor Trías, el desorden era espantoso. Si el Gobierno hubiera podido destacar sobre ella una fuerza, por pequeña que ésta hubiera sido, habría caído inmediatamente. El señor Monter comenzó a ordenar los servicios, habiéndosele nombrado Jefe de ellos: El, en unión de los señores Trías y Romero López, fueron el alma de la defensa.

A raíz de los sucesos circularon muchas versiones, entre ellas, la de la excelente puntería del General Mondragón. Todas ellas son falsas: El señor Mondragón no hizo ni un solo disparo, ni salió del recinto del edificio para nada.

El señor Monter colocó un cañón en cada esquina de la Ciudadela, designando a los que debían servir las piezas: personalmente apuntó el cañón que estaba en la contra-esquina de la Cárcel de Belem, para hacer fuego sobre el Palacio Nacional, y esos disparos fueron los que llegaron a la Puerta Mariana. Después, acompañan-

(1)—Este detalle lo he tenido por los señores Enrique Zepeda y don Román Rodríguez Peña, quienes como se verá por el relato, acompañaron a don Félix Díaz a la entrevista.

do a don Félix Díaz, avanzó hasta las calles Anchas, para colocar las avanzadas que allí se establecieron, y se posesionó de la Comisaría de la Sexta Demarcación. Este edificio fué motivo de algunos encuentros entre los federales y los rebeldes durante la decena trágica, quedando al fin en poder de las fuerzas del Gobierno al mando del Brigadier Celso Vega.

El Mayor Emiliano López Figueroa, pretextando que quería acordar con los rebeldes se le entregaran los gendarmes que estaban con ellos, pues tenía que cuidar debidamente la Ciudad, se presentó el día 10 en la Ciudadela. El señor Figueroa había entrado solo en el edificio, lo había recorrido casi todo, y subido a las azoteas sin que nadie le marcara el alto, ni supieran decirle donde estaba don Félix Díaz. Por fin lo encontró y enterado el Jefe de los rebeldes de la pretensión del Inspector General de Policía, se le negó terminantemente el permiso, diciéndole que ya habían tomado participación en la lucha y que no podía considerarseles como neutrales y por último, que el Gobierno viera como cuidaba la Ciudad. Ya se retiraba el señor López Figueroa cuando uno de los presentes hizo notar al Gral. Mondragón que era imperdonable dejar salir al Inspector Gral. de Policía, que había recorrido toda la fortaleza, había observado la situación de los rebeldes y cuyos informes podían dar por resultado un ataque con grandes probabilidades de éxito para las fuerzas del Gobierno. Ante la observación, don Félix Díaz ordenó que el señor López Figueroa quedara arrestado, pero el General Mondragón pretendía entonces fusilarlo como espía. Se le hizo notar que si era un error dejarlo salir, sería mayor el fusilarlo, pues en primer lugar, se había presentado como parlamentario, y en segundo su ejecución podría

motivar que el Gobierno tomara represalias, quizá hasta con las familias de los que estaban allí.

Prisionero el señor López Figueroa, se le trató de tal manera y su prisión fué tan poco rigurosa, que muchas personas creyeron que solamente se había jugado una comedia y que el Inspector de Policía había buscado un modo decoroso de no pelear contra sus antiguos compañeros de colegio. (1)

Esa noche, el Gobierno mandó cortar la luz de todo el rumbo, pero los teléfonos siguieron funcionando y los rebeldes pudieron tener constantemente noticias exactas de lo que pasaba en el resto de la Ciudad. (2) El martes 11 de Febrero, los generales Victoriano Huerta, Comandante de las fuerzas defensoras del Gobierno y don Félix Díaz, tuvieron una conferencia en la calle de Nápoles, en la casa del Ingeniero Enrique Zepeda, y en ella quedó convenido entre ambos jefes, el derrumbe del Gobierno del señor Madero. El General Huerta se reservó fijar el momento preciso en que aprehendería al Presidente pues, según dijo, necesitaba antes saber con qué parte de la fuerza que estaba a sus órdenes podía contar, para dar el golpe sobre seguro.

Terminada la conferencia, comenzó el cerco de la Ciudadela. El mando de la línea de la Alameda se enco-

(1)—Tanto el señor López Figueroa como don Félix Díaz, pertenecían a la Asociación del Colegio Militar.

(2)—Como dato curioso mencionaré el caso de una señorita de la mejor sociedad, cuyo novio estaba en la Ciudadela y con quien hablaba por teléfono varias veces al día, habiendo recibido en la fortaleza la noticia del lugar exacto en que el General Angeles había colocado sus cañones, por conducto de ella. Hay que hacer un justo elogio de las señoritas encargadas del servicio telefónico de la Compañía Mexicana, que en esos días trabajaron sin descanso y con toda eficacia.

mendó al General José Delgado, quien al mismo tiempo fungía como segundo en jefe. El de las calles del Ayuntamiento, fué dado al Brigadier Celso Vega; el de la Calzada de la Piedad al General Felipe Mier y más tarde al teniente Coronel de Artillería Catarino Cruz. El del Paseo de la Reforma se encomendó al Brigadier Felipe Angeles, quien acompañando al señor Madero, había llegado de Cuernavaca el día 10 en la noche. El de las calles de San Diego, se le dió al Brigadier Gustavo Maass y al Castillo de Chapultepec se envió al Contra Almirante Angel Ortiz Monasterio, quien a los dos días fué sustituido por el General Joaquín Beltrán. El ataque por el Parque de Ingenieros, fué encomendado al Coronel Ocaranza, quien se posesionó de él el mismo día que recibió el mando de la línea. Al Coronel Francisco Romero, Presidente de la Cámara de Diputados, que llevó un batallón de voluntarios formado en el Estado de Hidalgo, se le encomendó la línea del 5 de Mayo hasta San Felipe Neri, que protegía directamente el Palacio Nacional.

Como no había el número suficiente de oficiales de Artillería para el servicio de las piezas que el Gobierno había hecho llevar de todos los puntos más próximos, pues la mayor parte de los facultativos estaban en la Ciudadela, con objeto de tener oficialidad apta, se hizo un llamamiento a los alumnos del Colegio Militar que ya habían cursado la materia, para que los que quisieran servir, salieran en calidad de Tenientes de Artillería, a las filas, sin perjuicio de seguir sus estudios cuando fueran vencidos los rebeldes. Veinte alumnos salieron inmediatamente y otros veinte quedaron inscriptos para hacerlo en cuanto se les ordenara. Los primeros fueron destinados a la batería que se colocó en los llanos que cir-

cundan la Ciudad por el lado de San Antonio Abad y cuya vigilancia estaba encomendada al Teniente Coronel Gamboa.

Así dispuestas las fuerzas, y reforzadas diariamente las líneas con las tropas que constantemente llegaban a la Ciudad, pues a todos los Jefes Militares que tenían comunicación expedita se les ordenó que acudieran con el mayor contingente posible en auxilio del Gobierno, quedó establecido el sitio, que, según los técnicos, debió haber dado por resultado la caída de la fortaleza a las pocas horas.

El General Huerta, al iniciar lo que él llamó el ataque a la Ciudadela, dispuso el martes 11 en la mañana, que uno de los cuerpos rurales que había llegado a la Ciudad para defender al Gobierno y que se había distinguido por su adhesión al señor Madero, mandado por el Coronel Castillo, avanzara al trote largo por la calle de Balderas, hasta entrar en la Ciudadela.

El Coronel Castillo, al recibir la orden, estimó que aquello era una locura y dispuso que el ayudante del Cuerpo fuera a ver al Jefe de la Plaza para que éste le repitiera el mandato. Al regresar el ayudante con la orden, tal como se le había transmitido en un principio, el Coronel Castillo formó su Regimiento y poniéndose a la cabeza de él, avanzó como se le había ordenado y tan correctamente como si se tratara de una formación. Al llegar a la esquina de Balderas y Morelos, las ametralladoras, que desde lo alto del edificio y en las ventanas de la Asociación Cristiana de Jóvenes, tenían los felicitistas abrieron el fuego sobre los dragones, que quedaron hechos pedazos y regados hasta cerca de las puertas de la Ciudadela. Los caballos que no murieron, arroja-

ron a sus ginetes y corrieron despavoridos por las calles del Ayuntamiento hasta San Felipe Neri.

El Regimiento había sido destruido; al frente de él había muerto su Jefe, víctima de la disciplina militar, dejando con su sangre testimonio de una de las infamias más horripilantes que se cometieron en esos días. El **Coronel Castillo, tuvo la conciencia de que se le mandaba a la muerte, y consumó su sacrificio sin decir una palabra, sin murmurar una queja.** Si el autor de esa orden tuviera una conciencia semejante, no podría dormir en paz, el recuerdo de aquellas víctimas de su perversidad, le habría matado.

El General Angeles tenía establecida su batería en la estación de "La Colonia," y aún cuando pretendió moverla a punto más adecuado, no le fué posible, ante las exigencias del Embajador Lane Wilson, que no quería ser perturbado con el ruido que hacían las piezas, ni exponer el edificio donde residía, a recibir algunas balas en respuesta de los disparos que se hicieran desde la Ciudadela.

Desde la estación de "La Colonia" empezó a hacer fuego sobre la Ciudadela el General Angeles; pero artillero competente, notó desde luego el poco efecto de los proyectiles que se disparaban, y entonces personalmente apuntó los cañones, con muy escaso éxito. Se dijo que los oficiales de artillería que estaban a las órdenes de dicho General, habían descompuesto intencionalmente las miras de las piezas, de acuerdo con los rebeldes y que a ello se debía el mal éxito, cosa que sorprendió a todos, pues el mencionado jefe, no sólo en México, sino en Francia, estaba acreditado como excelente artillero. Sea lo que fuere, lo sucedido fué, que pocos proyectiles llegaron donde estaban los pronunciados, y los que les

llegaron, casi no les hicieron daño. Como esta batería y uno que otro disparo al comenzar el ataque, de la que estaba al mando del General Maass en San Diego, fueron realmente las únicas que hicieron fuego sobre la Ciudadela, ello explica el escaso número de bajas que tuvieron los felicistas; en cambio, la Ciudad resintió los estragos de una lucha que en realidad fué una farsa y que resultaba infame, pues si bien es cierto que hubo pocas bajas entre los combatientes, en cambio perecieron muchos ajenos a la lucha y las pérdidas materiales fueron enormes.

El General Angeles desplegó gran energía y fué por su línea donde mejor se conservó la incomunicación con los rebeldes a quienes ayudaban gran número de personas que no estaban en la Ciudadela. A unos jóvenes, de buenas familias, a quienes sorprendió como espías de los revolucionarios, los mandó fusilar inmediatamente, logrando de esta manera impedir por su parte, que los espías de la Ciudadela entraran en su campamento.

Estos actos de indispensable energía en situaciones como la que tenía el General Angeles, fueron la base para el proceso que se inició contra él y que motivó su prisión al caer el Gobierno de Madero. Al fin nada se le hizo; fué puesto en libertad ordenándosele saliera inmediatamente para el extranjero, con una comisión del orden militar. (1)

Desde el martes once, en que el General Huerta aparentó que comenzaba el ataque, hubo disparos intermitentes, pero verdaderos asaltos a la fortaleza, ninguno. Como que los dos jefes, el que mandaba las fuerzas del

(1)—Posteriormente, el General Angeles abandonó Europa y se ha incorporado a las fuerzas constitucionalistas, que han ganado un elemento serio y de valer.

Gobierno, y el que estaba al frente de los rebeldes, se habían puesto de acuerdo en el punto esencial, esto es, en la caída del señor Madero; pero el Gobierno seguía otorgando su confianza al General Huerta, no obstante que un militar como el General García Peña, por medianamente instruido que se le suponga, debió haber comprendido que ni había un ataque serio, ni la menor intención de vencer a los rebeldes; cosa que en los últimos días era palpable para cualquier observador aún cuando no tuviera conocimientos militares de ninguna especie.

Así pudo el General Huerta, al amparo de tanta ineptitud, prepararse la manera de alcanzar el Poder que ambicionaba, burlando a un tiempo al Gobierno que había puesto en él su confianza y a los rebeldes que con increíble inocencia, habían expuesto sus vidas y sus intereses sin sospechar que él los aprovecharía como escalón. (1)

(1)—Todos los hechos referidos en este Capítulo, me fueron relatados directamente por oficiales y particulares que estuvieron en la Ciudadela.



CAPITULO XL.

LA ACCION DE LOS SENADORES

El Embajador Lane Wilson, como había hecho en los últimos días del Gobierno del General Díaz, propalaba por cuantos medios podía, que su Gobierno estaba cansado de presenciar impasible lo que en México sucedía, indicando que era inminente la intervención armada, fantasma que había jugado ante el licenciado Limantour, para arrancar al General Díaz la renuncia a la Presidencia de la República.

Las mismas amenazas se repitieron con el señor Lascurain y temiendo el Gobierno que realmente las palabras de Mr. Lane Wilson reflejaran el pensamiento definitivo del Gobierno Americano, el Ministro de Relaciones Exteriores, por orden del Presidente Madero, convocó a los senadores a una reunión que debían tener en el local de la Cámara de Diputados. Concurrieron el viernes 14 de Febrero, doce miembros de la Cámara de Senadores a la casa del señor Camacho, y en reunión informal, pues no tenían el número suficiente para el quorum que requiere el Reglamento del Senado, se citó a nueva junta para el siguiente día en la mañana, a la que asistieron veintisiete Senadores. En ella el señor Lascurain hizo mención de las relaciones con los Estados Unidos, dando cuenta de que eran muy delicadas y que el Gobierno temía que de un momento a otro des-

embarcaran los marinos de los barcos de guerra que los Estados Unidos tenían en Veracruz, dadas las conversaciones que había tenido con el Embajador Americano; y que por acuerdo del Presidente de la República, hacía saber la situación a los Senadores presentes, pues quería que la Alta Cámara estuviera informada de cuanto ocurría. En seguida dió lectura a un memorandum que llevaba preparado y a un telegrama del Gobierno Americano, que en resumen nada decía.

La ocasión se presentaba propicia a los Senadores, entre los que había varios que simpatizaban con la revuelta, y la aprovecharon. Uno de ellos, el señor de la Barra, informó de las gestiones hechas para pactar un armisticio, y al fin don José Diego Fernández propuso que en vista del informe del Ministro de Relaciones, creía prudente hablaran con el Presidente de la República y hacerle ver la necesidad de hacer cualquier sacrificio para evitar una intervención extranjera, y sobre todo, hacer cesar un estado de cosas que era imposible sostener más tiempo y que el único medio era que renunciara la Presidencia. El Ministro quedó encargado de solicitar la entrevista y fueron designados para hacer saber al Presidente que los Senadores juzgaban que debía renunciar, los señores don José Diego Fernández y don Gumersindo Enríquez.

Los Senadores se dirigieron a Palacio, según lo convenido con el Ministro de Relaciones; pero el Presidente no quiso recibirlos y sólo pudieron hablar con don Ernesto Madero y don Manuel Bonilla, quienes, por encargo del señor Madero les manifestaron que por ningún motivo se encontraba dispuesto a renunciar.

Al día siguiente, en la casa de don Sebastián Camacho debían reunirse nuevamente los Senadores; pero

sólo nueve concurrieron a la cita y fueron los señores Sebastián Camacho, Gumersindo Enríquez, Guillermo Obregón, Ricardo Guzmán, Emilio Rabasa, J. Fernández, Carlos Aguirre, Rafael Pimentel y José Castellet. En la reunión se acordó, en vista de que no se les concedía la entrevista solicitada, insistir con el señor Madero en que renunciara a la Presidencia y solicitar al mismo tiempo de don Félix Díaz, que él también por su parte, lo hiciera, nombrándose de común acuerdo un Presidente Interino que convocara a elecciones.

El señor de la Barra, por su lado, había continuado trabajando en el mismo sentido, dirigiendo una carta al Presidente de la República, ofreciéndose para hablar con el General Félix Díaz, en el sentido acordado por los Senadores (1)

Al día siguiente, se reunieron de nuevo los Senadores en la casa del señor Camacho y los señores Obregón y Pimentel, que habían sido comisionados para hablar con don Félix Díaz, expusieron que habían cumplido su misión; pero que el jefe rebelde exigía, como punto de partida, para cualquiera discusión o arreglo, la separación inmediata del señor Madero de la Presidencia, y que no figurara ninguno de los Ministros como candidato para la Presidencia interina.

El lunes 17, por la mañana, cuando estaban reunidos otra vez en la casa del señor Camacho, recibieron cita del General Huerta para que pasaran a la Comandancia Militar al día siguiente a las diez y media de la mañana.

Creyendo que la cita recibida era la que el Ministro de la Guerra se había comprometido a obtener del Pre-

(1)—El señor Madero en un principio, rehusó aceptar los servicios del señor de la Barra; pero después lo comisionó en unión del Ministro Español para pactar un armisticio con los rebeldes.

sidente de la República, los Senadores se dirigieron el martes 18, a la hora fijada, a la Comandancia Militar.

(1) Al llegar, el General Huerta, como si se tratara de la continuación a conversaciones anteriores, manifestó a los Senadores que estaba a sus órdenes y que obedecería las que el Senado tuviera a bien darle, cualesquiera que ellas fuesen. (2)

Los Senadores se sorprendieron con esas palabras, y como la mayoría no las esperaba, no pudieron entender desde luego qué significaba tal actitud, y guardaron silencio por breves momentos; pero el Senador Enríquez, designado junto con don José Diego Fernández por sus compañeros para llevar la palabra en la entrevista con el señor Madero, pronto se dió cuenta de todo, y replicó que ellos no tenían nada que ordenar y que lo único en que insistían era en hablar con el Presidente de la República. El General Huerta pidió entonces permitieran llamara al Ministro de la Guerra a fin de que presenciara la conversación.

Los Senadores no tuvieron inconveniente en acceder a ello y el General Huerta hizo llamar al General García Peña, quien momentos después se presentó en la Comandancia Militar.

En cuanto llegó el Ministro de la Guerra, con ademán

(1)—La Comandancia Militar está situada en el entresuelo del Palacio Nacional, en el mismo patio donde están las salas de la Presidencia.

(2)—El General Huerta, conocedor de las insinuaciones que se harían por el Senador Obregón al Ministro de la Guerra, esperaba que ante la negativa de éste, tales insinuaciones fueran hechas a él. En ese sentido venía trabajando desde su acuerdo con don Félix Díaz, para así hacer aparecer que los actos que estaba resuelto a ejecutar, eran órdenes que recibía del Senado de la República, quedando por lo tanto, limpio de toda mancha.

airado se encaró con los Senadores y dirigiéndose especialmente al señor Obregón, les dijo que ellos eran los primeros corruptores del Ejército y que él..... No le dejaron acabar la frase: todos se levantaron violentamente y protestaron indignados, diciendo que no los llevaba a aquel sitio ningún sentimiento hostil al Gobierno y mucho menos el propósito de corromper a nadie, sino el deseo de buscar una solución al conflicto que estaba causando miles de desgracias, y cuyo término no era fácil prever, pues no veían que el Gobierno adelantara nada en su obra de batir a los rebeldes. Agregaron que dada la actitud del Ministro de la Guerra, daban por terminada su entrevista y dejaban la responsabilidad de los sucesos al General García Peña. Como los Senadores había protestado con gran energía, el Ministro de la Guerra modificó su actitud; dió toda clase de excusas, y manifestó que él también deseaba una solución al conflicto y vería con gusto la que propusieran los Senadores. Estos se quejaron de la conducta observada por el Presidente de la República para con ellos y el señor García Peña ofreció hablar inmediatamente con el señor Madero y que éste los recibiera.

Al retirarse de la conferencia, el señor Obregón, que acompañó al señor García Peña hasta el elevador, le dijo que una solución podría ser que al renunciar el señor Madero se le designara Presidente Interino, cosa que él se comprometía a que aceptara don Félix Díaz. El señor García Peña contestó que probablemente don Félix Díaz no aceptaría tal solución, pero que, sobre todo, él no se creía con la suficiente autoridad para proponerla al señor Madero.

A los pocos momentos regresó un ayudante diciendo que el Presidente esperaba a los Senadores.

Subieron a los salones de la Presidencia y cuando estuvieron en presencia del señor Madero, el señor Enríquez comenzó a exponer el motivo de la entrevista solicitada; pero el Senador Guillermo Obregón, arrebatando la palabra a su compañero, se puso a pronunciar un largo discurso en términos tan confusos y empleando tal número de circunloquios, que el señor Madero se impacientó, y en tono bastante descompuesto, le dijo: "Hable usted claro, diga usted francamente lo que quiere." El señor Obregón dijo entonces que el Senado creía necesario pedirle su renuncia.

El señor Madero, en tono de regaño dijo que desde un principio supuso lo que querían, que él renunciara y volviera don Porfirio Díaz, para que se muriera en la Presidencia; pero que les advertía que él no lo haría por ningún motivo, y que sólo muerto lo sacarían del Palacio Nacional. Que el día en que concluyera su período y entregara el Poder a su sucesor, sería el más feliz de su vida, pero que antes, sólo muerto dejaba el Poder.

El Senador Enríquez replicó, con bastante energía, que estaba en un error, que la misión de ellos no era intervenir en favor del General Díaz, pero que creían un deber dar cuantos pasos fueran necesarios, para evitar mayores conflictos y que ese era el objeto de sus reuniones: que ellos deseaban, porque ese era el deseo de todo el País, que el Gobierno llegara a una inteligencia con los revolucionarios y cesara la lucha. Que lo que más preocupaba al Senado era el temor de que fuera a surgir una intervención extranjera si se prolongaba el combate, y para evitarla, estaban resueltos a hacer cualquier sacrificio.

El señor Madero, mucho más calmado, contestó que podían desechar tal temor, pues acababa de recibir un

telegrama del Presidente Taft, que les leyó, y que él interpretaba como completamente tranquilizador y contrario a la actitud asumida por el Embajador Lane Wilson. Nuevamente volvió a hablar el señor Obregón, exaltándose, y el Presidente más exaltado aún, le replicó. Al concluir la entrevista, la mayor parte de los Senadores tenían la convicción de que serían arrestados al salir de la Presidencia; pero el señor Madero se despidió personalmente de ellos en tono tan afectuoso, que cesó su intranquilidad.

Los Senadores salieron de la Presidencia, menos los señores Enríquez y Castellot a quienes retuvo el señor Madero. Los demás, se dirigieron a la Comandancia Militar, para despedirse del General Huerta, y darle las gracias por su intervención; en el camino encontraron al Teniente Coronel Jiménez Riveroll. Este detuvo a uno de ellos, con quien tenía gran confianza, y le preguntó: "¿qué hubo?"

—Nada, empeñado en que no ha de renunciar— le contestó el interpelado. Riveroll entonces dijo: "Bueno, esta tarde a las tres, concluirá todo, ya van ustedes a ver."

Cuando los Senadores salieron de la Presidencia, el señor Madero mandó llamar al General Huerta y en presencia de los señores Enríquez y Castellot, le preguntó que cuándo concluiría aquello, esto es, cuándo pensaba tomar la Ciudadela. El General Huerta contestó al Presidente que esa misma tarde concluiría todo y saludando militarmente, se despidió, diciendo que iba a dar las últimas órdenes para efectuar el asalto. En efecto, el General Huerta esa misma tarde dió el asalto, pero no a la Ciudadela, sino a la Presidencia de la República;

y en vez de acabar con una rebelión, acabó con el orden constitucional de la República.

Los Senadores Obregón y Pimentel, desde la primera entrevista con don Félix Díaz, habían obtenido pases expedidos por el Jefe de la guarnición de México y por el de los rebeldes de la Ciudadela; con ellos pudieron ir diariamente de uno a otro lado, e informar a sus colegas que si el Presidente de la República se mostraba resuelto a no renunciar; don Félix Díaz por su parte, se mostraba también intratable.

Caído el Gobierno del señor Madero, algunos de los Senadores, entre ellos varios de los que se habían reunido en la casa del señor Camacho, se presentaron en la Ciudadela para conferenciar con don Félix Díaz (1) pretendiendo intervenir en el arreglo de los asuntos de la República; pero los dos jefes militares para nada necesitaban ya de su intervención y con palabras muy afectuosas, así se los hicieron entender. Ya ellos se habían arreglado en la Embajada Americana.

(1)—En la fotografía que de la conferencia se tomó en la Ciudadela están don Félix Díaz, el General Mondragón, un hermano de este señor y los Senadores Obregón, Guzmán, Rabasa, Pimentel, Mancera y Castellot.



CAPITULO XL.

"UN PROCEDIMIENTO DE LA EPOCA MEROVINGIA."

La historia recuerda que la dinastía de los Merovingios se hundió bajo el peso de la espada de Pepino, Mayordomo de Palacio, que usurpó el poder abusando de la confianza que en él había depositado el último Emperador. El General Huerta, aún cuando no es muy conocedor de la Historia, parodió a Pepino y escaló el Poder por el procedimiento empleado por el fundador de la dinastía Carolingia. Desgraciadamente, el General Huerta empleó los procedimientos de Pepino, pero no es capaz ni de formar un gobierno estable, ni de llegar a ser un gobernante como el antecesor de Carlomagno.

Resuelto a asaltar el Poder, pretendió primero, como queda expuesto en el Capítulo anterior, que el Senado le diera un nombramiento, una orden, o hiciera algo que presentara sus actos como revestidos de cierta legalidad; pero los Senadores no quisieron entender las insinuaciones que se les hicieron, de manera que el General Huerta tuvo necesidad, para lograr su objeto, de emplear el procedimiento brutal de aprehender al Presidente y al Vicepresidente de la República, en el propio Palacio Nacional, dando órdenes para que se matara a todo aquel que hiciera resistencia a su mandato. Esto es, el cuartelazo en la forma más brutal.

Para la aprehensión de los Jefes del Gobierno, se valió del Brigadier Blanquete, en quien tenía absoluta confianza, y éste, del Teniente Coronel Jiménez Riveroll y del Mayor Izquierdo, todos ellos con el mando del 29 Batallón de infantería.

El General Huerta, según relatan sus amigos, tuvo temores de ser aprehendido y aún fusilado por el Gobierno, que sospechaba que el jefe de sus fuerzas estaba de acuerdo con la revolución. Cuentan, los íntimos del General Huerta, que el General García Peña había invitado al Comandante Militar para ir a visitar el Colegio de Chapultepec, donde pensaba dejarlo prisionero, pero que a la llegada al Castillo, los alumnos vitorearon al General Huerta y el Ministro, juzgando perdida la partida, se retiró de Chapultepec, pretendiendo llevarlo al Cuartel de San Cosme, donde lo reduciría a prisión. Todo ello es una fábula. El Gobierno, no obstante las advertencias que se hicieron a muchos de los prohombres de aquella situación, nunca quiso creer en la deslealtad del General Huerta. El mismo don Gustavo Madero, que era el que tenía más malicia, creyó firmemente que con las ofertas que le habían hecho al Comandante Militar, éste sería completamente leal, y no tomaron ninguna providencia, ni le desconfiaron un solo momento. Y sin embargo, bastaba ver las disposiciones de Huerta para comprender que no quería tomar la Ciudadela. (1)

El General Huerta, desde la batalla de Bachimba,

(1)—Las baterías, con excepción de la que tenía el General Angeles, no tiraban sobre la Ciudadela, y el Ministro de la Guerra debía haber fijado su atención en ello e indagar el motivo; entonces habría sabido que se llegó a amenazar a los jefes de las baterías, con fusilarlos, si insistían en hacer fuego sobre los rebeldes.

había acariciado la idea de sustituir al señor Madero. (2) Los enemigos del Gobierno creían que un militar de las condiciones del General Huerta, podía hacer la paz y unos se habían fijado en él, mientras otros ponían sus ojos en el General don Gerónimo Treviño. Este último no había querido prestarse a ninguna combinación; pero el General Huerta sí había escuchado la insinuación, y aún hablado de ella a algunos jefes caracterizados (3) como el General Blanquete, quien había tomado con calor la idea, creyendo que era la única solución al conflicto y que era necesario echar abajo al Gobierno que estaba arruinando al País.

Cuando estalló el movimiento y tuvieron sus primeras conferencias don Félix Díaz y el General Huerta, éste había vacilado, no en el golpe contra el Gobierno constituido, que ya estaba en su mente, sino en aliarse a los rebeldes de la Ciudadela, o buscar su ayuda; por último, había aceptado la alianza, pero poniendo por condición que se le nombrara Presidente interino, reservándose el designar el momento de ejecutar la traición. Durante la decena trágica las instancias no habían cesado un solo momento y la presión que se ejercía, especialmente sobre la esposa del General Huerta, para que desconociera al señor Madero y se ligara a don Félix Díaz, habían sido apremiantes.

(2)—Durante su viaje a México, para curarse de la enfermedad que padecía en los ojos, en el camino, lo dijo a uno de sus amigos íntimos, el señor Maldonado, quien me lo refirió días después.

(3)—El doctor Urrutia, cuando estuvo en su Sanatorio el General Huerta, al regresar de la batalla de Bachimba, habló con algunas personas tratando de convencerlas de que su cliente era el único capaz de restablecer el orden en la Nación.

El General Huerta aparentaba vacilar, haciendo siempre alusión á que si no se consideraría tal acto como una mancha para su honor de soldado; pero lo que en realidad había era que no contaba con todas las fuerzas que estaban a sus órdenes, pues sabía perfectamente que algunas de ellas, como las que mandaba el General Angeles, se opondrían a cualquier acto contra el Gobierno del señor Madero y tenía miedo de perder la partida; para no arriesgar nada, estudió la manera de quitarle la forma brutal. Fué entonces cuando comenzó a madurar su plan, pensando servirse de los Senadores para realizar su ambición; pero como estos no respondieron a sus insinuaciones, buscó otro camino más expedito.

Para poder obrar con seguridad, exigió la ida a México del Batallón número 29; pero el jefe de éste, no sabiendo que se trataba de la combinación del General Huerta, que era la que él patrocinaba, pretextó no tener confianza en sus tropas, y después, que habían sido quemados los puentes sobre el Lerma, lo que le imposibilitaba hacer el viaje en ferrocarril. Cuando fué llamado por un emisario del General Huerta, inmediatamente repuso los puentes, que en realidad habían sido quemados por su orden, por los rurales del 7o. Regimiento, que mandaba el Mayor Francisco Cárdenas, y emprendió el viaje, llegando a México el domingo instalándose en la Calzada de la Tlaxpana, donde recibió la visita del Jefe de la Plaza. Allí convinieron que serían relevadas las fuerzas que guarnecían el Palacio por fuerzas del 29 y que una vez posesionados del edificio, se aprehendería a los señores Madero y Pino Suárez, exigiéndoles la renuncia de sus respectivos cargos, si no se conseguía que el Senado los destituyera y designara al General Huerta

Presidente interino, para lo cual iba a hacerse una nueva gestión. Sobre este punto hablaron el General Blanquete y el Senador Obregón.

Se dieron las órdenes conducentes, y una vez en Palacio el 29 de Infantería, se decidió que el martes 18 a las tres de la tarde, cuando estuvieran en Consejo, después de la comida, los altos funcionarios, se procediera a la aprehensión, debiendo hacerla el Teniente Coronel Jiménez Riverol y el Mayor Izquierdo, apoyados por una escolta del 29.

A don Gustavo Madero, cuyo reconocido impulsivismo les causaba temores y temiendo que su aprehensión motivara efusión de sangre, se arregló que previamente se le hiciera salir del edificio y al efecto se le invitó a comer, aprovechando el ascenso que se había concedido al Coronel Francisco Romero y que debía celebrarse con un banquete en el restaurant Gambrinus, al que asistirían varios Generales. (4)

La hora fijada era las tres de la tarde; pero en la mañana de ese día llegó el General Manuel Rivera, Jefe de la 8a. Zona Militar, procedente de Oaxaca, al frente de su brigada, por lo que hubo necesidad de precipitar los acontecimientos, antes de que hiciera su entrada en la Plaza, para lo que había enviado ya un ayudante, solicitando el permiso de Ordenanza. Al General Rivera se le contestó que esperara órdenes en la Estación de

(4)—Como la puerta del elevador estaba custodiada por gendarmes del 2o. Regimiento de Policía Montada que mandaba el Mayor Gallardo, de toda la confianza del Presidente, al salir don Gustavo Madero de Palacio, fué relevada esa guardia ordenándoles custodiaran al hermano del Presidente, pero al llegar a la segunda calle de San Francisco, se les ordenó fueran a su cuartel. En la puerta del elevador se pusieron soldados del 29.

San Lázaro, donde había llegado con los trenes militares que conducían sus tropas.

Poco antes de salir, don Gustavo Madero, ante la exigencia de uno de sus amigos, que sospechó de lo que se trataba, había decidido no concurrir al banquete de Gambrinus, no obstante las instancias que le hacía el General Huerta; pero al fin resolvió acompañarlo cuando el General Delgado, cogiéndolo del brazo, le había dicho, véngase don Gustavo, que vean que usted no tiene miedo. Don Gustavo Madero volviéndose al amigo (5), que seguía insistiendo en que se retirara con él, le dijo, si no voy van a decir que tengo miedo de andar en las calles: como su amigo insistiera aún, le replicó, "no me ponga usted en ridículo," y marchó con los Generales Huerta y Delgado.

El General Huerta momentos después de llegar al restaurant, se separó de la reunión pretextando algo urgente y en un automóvil, rápidamente se fué a la Estación de San Lázaro por el General Rivera, a quien llevó a la Comandancia Militar. Al llegar a la oficina lo puso preso y así permaneció hasta dos días después del asesinato de don Francisco I. Madero.

(5)—Este amigo era don Angel Caso, en cuya casa estuvo el señor Madero el Domingo nueve después de su salida de Palacio. El señor Caso me refirió la anterior escena en el camino de México a Veracruz, en el mes de Octubre.



CAPITULO XLII.

EL TERCER CUARTELAZO

El Teniente Coronel Jiménez Riverol, de acuerdo con la orden recibida, y acompañado del Mayor Izquierdo, de un Capitán de Artillería y de don Enrique Zepeda, tomó de la guardia de Palacio treinta hombres y con ellos se dirigieron a los salones de la Presidencia, subiendo por la escalera principal. Penetraron en las salas de espera, atravesaron la sala de ayudantes, y llegaron al salón de acuerdos: allí formaron en línea a la tropa que quedó al mando del Sr. Zepeda, y los señores Jiménez Riverol e Izquierdo pasaron al salón contiguo donde estaban el Presidente, el señor Pino Suárez, varios Ministros, y algunos amigos.

El señor Jiménez Riverol manifestó al Presidente que había llegado el General Rivera, pronunciándose en favor de los felicitistas y temían que la guarnición fuera a secundar el movimiento por lo que creía el Comandante Militar que la primera providencia era poner en lugar seguro al Presidente de la República y comisionados para ello iban en su busca. El señor Madero se sorprendió con la noticia y pidió detalles, pues no podía creer que el General Rivera, a quien acababa de ascender, cometiera una deslealtad; pero le contestaron que no había tiempo que perder y tomándolo cada uno de